

“LA VACILACIÓN DEL TIEMPO”, de *Alfonso Echeverría Y.*

He aquí un libro desconcertante. El autor ha partido del axioma de que una novela puede extenderse, detenerse, incluir en ella sucesos distanciados de su acción sin que nada ocurra. También parece asistir al nuevo novelista, la idea de que no tienen importancia los distintos enfoques, la gradación brusca de su fuerza, desde una mirada de naturalista, de afán microscópico, a la captación vaga, en grandes planos, de un poeta o de un filósofo de la intuición. En muchas páginas, la novela semeja un diario, la glosa de un viaje por países extraños, cuando se está solo y las horas libres, frente al amigo más leal: el espejo íntimo, se colman con una máquina de escribir y numerosas carillas en blanco. En los trozos donde la novela es absorbida por el diario de viaje, se anotan minuciosamente las circunstancias más objetivas, como pudiera hacerlo un técnico agrícola que eleva un informe; pero después viene un viento de poesía que lo arrastra y sublima todo. Sin embargo, no está allí, al parecer, el misterio de la atracción de este libro denso; acaso él resida en la captación original que posee el autor de los sucesos inmediatos y distantes, en el estilo con que vuela a ras de la tierra y más allá de la exósfera. Porque digámoslo sin reservas: Alfonso Echeverría es un escritor auténtico, una mezcla de filósofo, de poeta y de novelista, que impone su personalidad y que sin atraer al lector, se hace leer.

La apariencia de esta novela es de que el autor se hunde en un proceso de honda introspección, pero no es así. Se trata, en verdad, de una mirada infatigable, muy sensible, acosada por las sensaciones, que no depura en exceso los detalles a fin de darles un valor simbólico. El hecho de salir con un granjero a cortar manzanas, de comprar un terno de ropa en una gran tienda de Chicago, de contemplar los ataúdes en una funeraria, tiene para Alfonso Echeverría un valor trascendente que proyecta hacia el misterio. Con un paso más rápido, más dirigido a los hombres que a las co-

sas, escribió Miguel Serrano su libro *Ni por Mar ni por Tierra*, especie de ensayo o de poema en prosa o delirio, de numerosas páginas, tantas como puede llenar un ser humano que vive sin desperdicio literario.

Cierta limpidez y pulcritud de estilo, algo como un candor interno hacen que el lector persista en la lectura de este libro abstruso, informe a ratos en su pretensión de ser una novela, que se mantiene en la periferia de la vida animada o se solaza en los objetos estáticos, mostrando a un prosista de nuevo cuño, capaz de estar solo, amo de su universo sensible y hermoso.—L. A. M.



“ANTOLOGÍA DE CARLOS PEZOA VÉLIZ”, de *Nicomedes Guzmán*

La reciente publicación de la *Antología de Carlos Pezoa Véliz* (Editorial Zig-Zag), con selección, prólogo y notas de Nicomedes Guzmán, obedece, más que a un intento de divulgación de la valiosa obra literaria de este escritor, a un generoso y plausible deseo de reivindicar su nombre del olvido y colocarlo en el lugar que le corresponde en la lírica americana.

Nicomedes Guzmán, en un extenso y documentado ensayo que precede a la obra del poeta, nos muestra a Carlos Pezoa Véliz, al que llama propiamente “escritor permanente y esencial de Chile”, en su calidad de hombre y de escritor, con una acuciosidad admirable y un espíritu de penetración y de comprensión que sólo puede obtenerse mediante la profunda asimilación de la poesía y prosa de Pezoa Véliz.

Una figura poética de las dimensiones espirituales del autor de *Nada* y *Tarde en el hospital*, necesitaba de un biógrafo de la reciedumbre y penetración psicológica de Nicomedes Guzmán, quien, además de su indiscutible erudición, demostrada en sus ensayos sobre *Baldomero Lillo* y *El género del cuento*, está mucho más pró-